

—En tan corta distancia que va a perderse
al otro lado, respondió un hablante y dirigiéndose a sus
conocidos, porque todos aquellos jugadores se
conocían.

—Habló primero el menor del despacho, cuando
daban de las cartas que se iban jugando en el juego.

—Cuando el jugador más antiguo a este juego
habló, dijo a sus colegas un verso de memoria al que
siguía y entonces todos los ojos se fijaron sobre el
juego, como si quisieran saber a quien correspondían las manos.

—El que se refiere a la relación que se conserva, es el que
se refiere a la relación que se conserva.

—O, dijo este, una vez que me acordé de lo que
me acordé, una vez que me acordé de lo que me acordé.

—El que se refiere a la relación que se conserva, es el que
se refiere a la relación que se conserva.

—A buen seguro que no es un jugador, es un
jugador, de lo contrario hubiera jugado en el
juego.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

III.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

—Pero en tres veces, para apurar la suerte.

Al salir, pasaba el joven sin reclamar su sombrero, mas, como había aquel miserable centinela observado ya el mal estado de la prenda, se lo volvió sin decir una palabra, y nuestro jugador restituyó su papeleta por un movimiento maquinal. Luego, bajó las escaleras, silvando el *di tanti palpiti* con tan debil aliento, que apenas podía oír el mismo sus deliciosas notas. Hallóse en breve bajo las galerías del Palais-Royal. Dirijido por un postrer pensamiento, encaminóse hacia la calle Saint-Honoré, fuése derecho á las Tullerías, y atravesó su jardin con indeterminado paso. Andaba como hubiese podido hacerlo en medio de un desierto, codeado por

sujetos que no veia; no escuchando al traves del tumulto popular sino á una voz; la de la muerte: finalmente iba perdido en una meditacion soporifera igual á la que debiera un dia entorpecer los criminales conducidos á la guillotina; cadalso bien recubierto de sangre, pues que contiene toda la que en él se ha derramado desde el año 1793.

Hay en el suicidio no sé que grande y estupendo. Las caidas de una muchedumbre de jentes son poco peligrosas, asi como las de los niños cuya estatura es demasiado baja para que puedan hacerse daño; pero cuando un hombre se estrella, debe caer de muy arriba, haberse elevado hasta los cielos, y entrevisto algun paraíso inaccesible. Terrible debe de ser un uracan cuando nos compele á que pidamos la paz al cañon de una pistola.

Cuantos jóvenes talentos se disipan arrinconados en alguna manida, y allí feneceen por falta de un amigo, de una mujer consoladora, en medio de un millon de seres, en presencia de una muchedumbre que nada en el oro, y se fastidia.

A esta reflecion, toma el suicidio proporciones gigantescas.

Entre una muerte voluntaria, y la fecunda esperanza cuya voz llama un joven á Paris, solo Dios sabe quantas obras maestras hay abortadas, quantas poesias, quantos pensamientos sofocados, quantas resignacion y quantas contorsiones acalladas y sobre

todo, que de tentativas esteriles!... Cada suicidio es un poema sublime de melancolia. Entre todos los libros que sobrenadan en el oceano de las literaturas, donde encontraremos uno solo que pueda competir en jenio con estas dos lineas?

Ayer, á las cuatro de la tarde, una jóven se precipitó al Sena desde el puente de las Artes...

Al lado de ese laconismo parisiense, las novelas, los dramas, todo palidece. En esto, fué acometido nuestro jóven por mil trajicos recuerdos que le amargaban mas y mas su situacion, pues que á su determinacion se referian, pasando por su mente, á fragmentos, como pasan en medio de un combate estandartes que tremolan á pedazos. Despues, trataba de deponer por un instante el peso de su intelijencia á la sazón enorme, para mirar algunas flores, y contemplaba sus cabezas blandamente acariciadas por juguetona brisa entre alhagüena verdura.

Impelido por una convulsion de la vida la que forcejeaba aun debajo la pesada idea del suicidio, levantó los ojos al cielo; pero las pardas nubes, oleadas de viento impregnadas de tristeza, y un estado de atmosfera nada lijero le aconsejaban todavia el morir...

Al salir del jardin se dirijió hácia el Puente Real acudiendole á la memoria los postrimeros caprichos de sus predecesores. No pudo menos de sonreirse.

al pensar que Lord Castelreagh habia satisfecho la mas humilde de nuestras necesidades antes de cortarse el cuello, y que Mr. Auger, el académico, habia ido á buscar su caja de tabaco, para tomar algun polvo al mismo tiempo que marchaba á la muerte...

Analizando estas singularidades, y consultándose á sí mismo, habia ya llegado al puente, y aunque se arrimó á la baranda para dejar paso libre á un mozo de cordel, este le manchó un poco el codo con un saco de harina que traia, pero el desconocido sacudió muy cuidadosamente el polvo de su manga.

Llegado que hubo al punto mas encumbrado de la bóveda, miró el agua con siniestro ademan.

— Mal tiempo para anegarse !...le dijo risoteando una vieja cuyo vestido estaba hecho de andrajos. Que puerco y frio está el Sena !...

Respondiéndola con una sonrisa llena de una inocencia que atestiguaba claramente el delirio de su valor; pero, estremeciéndose de repente al ver desde lejos en el puerto de las Tullerias la barraca coronada con una enseña en la cual están escritas del tamaño de un pie las letras siguientes:

SOCORRO A LOS AHOGADOS.

Aparecióle Mr. Descheux, armado de su filantropía, sacando aquellas virtuosas trancas, y ma-

nejándolas de modo á romper la cabeza de los ahogados que por desgracia remonten sobre el agua. Representósele agrupando á los curiosos, yendo en busca de un médico, preparando fumigaciones... Leyó, idealmente, los lamentos de los periodistas, escritos entre la claridad de un festin, y la sonrisa de una actriz. Figurósele oír el sonido de los duros que el Prefecto del Sena contaba por su cadaver á los barqueros... Muerto, valia cincuenta francos; pero, vivo, no era mas que un hombre de talento, sin protectores, sin amigos, sin payaso, una verdadera nulidad social, un cero con respeto al estado....

Entonces pareciéndole innoble la muerte en medio del dia, resolvió morir por la noche, á fin de entregar un cadáver indescifrable á esa sociedad que desconocia la utilidad de su vida. Siguiendo pues su camino, continuó andando con el indeciso talante de un holgazan que quiere matar las horas.

Al bajar los escalones que terminan el pavimento del puente, vió en el angulo del muelle Voltaire una parada de libros viejos. A poco le vino que no preguntase por el precio de algunos...

Asomóse á sus labios la sonrisa, y colando entonces muy filosóficamente las manos en los bolsillos, iba á tomar de nuevo un ademan de negligencia y de desprecio, cuando oyó con sorpresa el choque de algunas piezas que resonaban en el fondo de su faltriquera de un modo verdaderamente fantastico.

Una emoción de divina esperanza iluminó su cara; pintada primero en sus labios, se derramó en sus facciones, y se esplayó en su frente: sus ojos, y hasta sus sombrías mejillas rebrillaron de placer. Esta centella de felicidad se parecía á los círculos de fuego que divagan por los vestigios de un papel ya consumido por la llama; pero tambien, tuvo su rostro la fortuna de las negras cenizas: volvióse al instante á su primer estado, luego que hubo sacado vivamente sus manos de los bolsillos, y visto que eran tres gruesos sueldos.

— Ah! mi buen Señor, *la carita! la carita!...*— *Caritina!...* Un cuartito para comprar pan... Tales eran las exclamaciones de un chico cuya abotargada cara, sucio cuerpo, y descosidos andrajos se oponian al paso de aquel hombre para arrancarle aun aquellos sueldos. A dos pasos del pequeño saboyardo se halló con un pobre viejo, quebrantado y vergonzoso, miserablemente cubierto con un tapiz acribillado, é inclinando la cabeza, le decia con voz sorda.

— Caballero, deme *lo que V. quiere*, y rogaré al señor por V.....

Mas, luego que el jóven hubo vuelto la cabeza para mirar al anciano, este calló, y no profirió mas palabras, reconociendo tal vez en aquel fúnebre semblante la librea de una miseria mas áspera que la suya.

La carita! la carita!...
Tiró el desconocido sus tres sueldos al limpia chimeneas y al viejo mendigo apartandose presuroso del puente, porque ya no podia sobrellevar por mas tiempo el terrible murmullo, y la punzante lobrete del Sena.

— Rogaremos á Dios por la conservacion de su vida de V! le dijeron los dos pobres.

Como pasára por delante de una tienda de estampas, el desconocido encontró á una mujer jóven. Bajaba esta de su brillante cabriolé, y por haber quedado su vestido lijeramente enredado sobre la escalerilla, dejó ver una pierna cuyos finos contornos dibujaba una media blanca bien ajustada, y contempló con placer aquella encantadora jóven la cual tenia su embelesante cara en elegante sombrero encuadrada... Luego fue cautivado por su talle esbelto, por su gentil donaire. Entróse en la tienda la bella mujer, ajustó ridiculos, colecciones de litografias... Y gastó algunas monedas de oro que brillaron al mismo tiempo que resonaban en el despacho.

El jóven, ocupado al parecer en examinar desde el umbral de la puerta las pinturas espuestas en el mostrador, dirigió con viveza á la hermosa la mirada mas penetrante que puede lanzar un hombre, recibiendo en cambio una superficial ojeada, tal como se acostumbra con una persona insignificante que se vé en la calle únicamente de paso, y sin embar-

go, aquella mirada era de su parte, un adios al amor y á la mujer!... Esa postrimera interrogacion, aunque tan poderosa como era, ni solamente escitó aquel corazon de mujer frivola, pues no la hizo sonrojar, ni bajar los ojos...; Como la estimaba?... como una admiracion á que supondria estar acostumbrada, como un deseo escitado, que por la noche produciria á lo mas estas palabras: *hoy estaba de conquista.*

De repente se puso á ecsaminar otra estampa, y ni aun volvió la cabeza para ver como la aficionada subia al coche. Los caballos partieron con rapidez aristocrática... y aquella última imájen del lujo, de la elegancia, centelleó delante de él, rápida como su vida.

Entonces caminó con melancólico paso á lo largo de los almacenes, ecsaminando, á la verdad no con mucho interes, todas sus muestras. Y cuando le faltaban tiendas, contemplaba el Louvre, el Instituto, las torres de Nuestra-Señora, las del Palacio, el Puente-de las Artes. Aquellos monumentos parecian tomar una triste fisonomia, reflejando las pardas tintas del cielo, cuyas raras claridades daban un continente amenazador á Paris, ciudad que igual á las mujeres, se halla sujeta á inesplicables caprichos de fealdad y de hermosura. Por tanto, la misma naturaleza contribuia á abismarle en éstasis dolorosos.

Poseido de aquel poder dañino, del cual experi-

mentamos la accion disolvente ciertos dias de nuestra vida, sentia llegar insensiblemente su organismo hasta los fenómenos de la fluidez. Imprimianle las tormentas de tal agonía un movimiento semejante al de las aguas, haciendole ver los edificios y los hombres al traves de borrascoso medio, en el cual todo tremolaba como las olas en la mar. Queriendo sustraerse por algunos instantes que le quedaban de ecsistencia á las titillaciones morales que en su mente producian las reacciones de la vida física, se dirigió á un almacen de antiguedades, con la intencion de dar pábulo á sus sentidos, y aguardar alli la noche, regateando objetos de arte. Esto, por decirlo así, era mendigar valor, y pedir un cordial, asi como los reos que temen por sus fuerzas, cuando deben marchar al cadalso.